

# Salir de casa

Yvon Rivard

Traducción de Arturo Vázquez Barrón  
y Roberto Rueda Monreal

*El narrador y ensayista quebequés Yvon Rivard plantea que la mayor virtud de las revistas literarias es romper el encierro de los autores y congregarlos en un espacio donde pueden actuar, confrontar sus textos y resolver los conflictos internos de la escritura.*

Ayer en la mañana, esta mañana, y mañana en la mañana habría tenido que estar, debería estar en mi mesa de trabajo, escribiendo una novela que arrastro y que me arrastra desde hace ya casi cinco años. Primera definición de una revista literaria: una revista es lo que importuna al escritor, lo aleja momentáneamente de su obra. ¿Por qué se deja importunar así el escritor por una revista que le pide un texto o una comunicación? A menudo me hice la pregunta cuando estaba en la revista *Liberté* o cuando di textos a otras revistas, a *L'Atelier du roman*, *L'Inconvénient*, *Contre-jour*. La respuesta está en la expresión “dar un texto”: escribir para una revista es en verdad dar algo, es decir, tomar un poco del tiempo que debería de consagrarse a su obra para que otra cosa viva y se desarrolle, para que otra obra, colectiva, exista.

No digo que esta dádiva sea por completo desinteresada, hablaré de ello más adelante, pero lo es mucho más que aquella que hace un autor a su obra (dádiva de una parte de su tiempo, de la mejor parte de sí mismo), a algo que toma forma, crece y existe fuera de él —poema, novela, ensayo— y le devuelve a cambio una existencia más fuerte, más acabada, “un excedente de ser”, decía Anne Hébert, me parece, a propósito de la poesía. Esta dádiva hecha a una revista es igualmente más desinteresada que la otra dádiva que el autor hace a los lectores al publicar su obra, porque esos lectores, ya sean numerosos o no, ya sea que se manifiesten o no, en forma de cartas, de críticas o de premios, crean una especie de comunidad invisible que confiere a la obra, que ya ha conferido al

escritor un excedente de ser, una forma de existencia incuestionable: esta obra, sea cual sea su calidad, cuando se encuentra en forma de libro en manos de un lector tiene un peso semejante al de una piedrecilla o un pedazo de madera. El texto que doy a una revista carece de autonomía ontológica, desaparece en un conjunto que se queda menos tiempo en manos del lector. No tiene en una biblioteca un lugar propio que se le podría asignar por orden alfabético o jerarquía de géneros.

Esta dádiva de un colaborador a una revista es, por supuesto, mucho mayor en el caso de sus miembros o de un director o directora. Quien da un texto a una revista da pues un poco del tiempo que debería dedicar a su obra, aunque acepta también cierto anonimato. Pero el aspecto más importante de esta dádiva es aceptar escribir algo, no al aventón sino inacabado, con riesgo, en el sentido en que el autor no tiene tiempo de revisar y corregir su propio pensamiento; algunos meses o algunos años después, se arriesga a entregar fragmentos, pedazos de su pensamiento que sólo adquirirán pleno sentido después, en el conjunto de la obra o que, al contrario, nunca encontrarán su lugar en dicha obra y serán testimonio simplemente de un ensayo más o menos fallido, de un pensamiento que no produjo nada, como algunos de esos días en los que nada sale bien y que, sin embargo, hay que aceptar vivir porque de todos modos tienen el mérito de mantener el movimiento, de conservarnos vivos. François Ricard, cuando era director de *Liberté*, hostigaba de manera regular a su equipo, pe-

rezoso o perfeccionista, recordándonos que una revista no es un libro, que es un taller, una obra en construcción. Confieso que siempre me costó trabajo practicar esta verdad, que escribí pocos textos y textos relativamente cortos, hasta hace muy poco, con mi enojosa tendencia a querer, como lo decía Vigny, “escribir yo mismo mi propia antología”.

¿Pero, para qué entonces semejante dádiva? ¿Qué es lo que lleva a alguien a escribir para una revista o a formar parte de ella? Dos cosas se me ocurren, que en el fondo se juntan y no son más que una sola: el deseo de salir de casa, el deseo de actuar. Salir de casa es una necesidad psicológica, intelectual y moral para todos, pero quizá más para el escritor que vive, la mayor parte del tiempo, centrado en sí mismo, en la postura de Narciso; que se esté mirando o no en nada cambia las cosas porque es siempre de él mismo de donde hace surgir el mundo al que contempla, analiza o explora, ya sea que este mundo sea la sociedad, el “yo” o un paisaje. No es mi intención abrumar al pobre Narciso, a quien le va como en feria desde hace unos 30 años, ni condenar al famoso “yo”, que sería tan odioso, porque creo, al igual que Peter Handke, que sin este “yo” que el escritor cultiva, sea cual fuere su poética, ya no habría manera de registrar el mundo: “Sí, el mí, el yo, —escribe Handke—, la naturaleza humana es lo que conserva a la humanidad. [...] Vayan lentamente y conviértanse ustedes mismos en la forma sin la cual ninguna lejanía se recorta: sin contornos no son ustedes sus dueños” (*Por los pueblos*).

Si este “yo” y la soledad que lo protege son necesarios, también es necesaria esa especie de alejamiento que una revista exige al escritor al proponerle temas de reflexión que le son más o menos cercanos. Que un escritor se aleje momentáneamente de su obra para pensar en lo que hace (¿qué es lo que estoy escribiendo realmente? ¿Qué persigo con ello? ¿Cambia en algo las cosas o no?) o para admirar otra obra y descubrir en ella el recorrido difícil y ejemplar de un pensamiento, de una vida, o también que se aleje de su obra para exponerse a problemas tan vastos como el hundimiento de los valores morales, la pobreza, la injusticia, la represión, que amenazan y atacan “al mundo fuera de mi casa” (como lo dice un personaje de Carver); pues bien, esa experiencia, que las revistas provocan, es necesaria para abrir el pensamiento y la obra del escritor a un mundo cuyo centro ya no es su mesa de trabajo, para que el escritor se solidarice con el mundo, incluso un mundo en el que no se reconoce, porque la primera tarea del escritor que sale de su casa es aceptar la verdad escandalosa de que es responsable de lo que ocurre en el mundo, reconocer que el gusano está en el fruto, que el enemigo que amenaza esa cosa vieja y frágil que es la humanidad también está en el interior de su casa, en su mesa de trabajo.

Las revistas, y ahí radica su primer mérito, favorecen la aparición de la comunidad en el seno mismo de la soledad del escritor. Como lo escribe Denis de Rougemont, el escritor, el intelectual que es “transformado, orientado, animado, por una presencia exterior que lo cuestiona [...] sigue siendo un solitario, pero ya no se encuentra aislado”. El primer acto crítico del escritor que acepta unirse a una comunidad, aunque sea por medio de la dádiva de un texto que irá a añadirse, a fundirse con otros textos, es un regreso a su propio trabajo, a sí mismo, ya no separado del mundo, sino contaminado o salvado por el mundo. De ahí tal vez la exhortación paradójica de Kafka: “En el combate entre tú y el mundo, secunda al mundo”. Toda revista viva es la ocasión y el lugar de un conflicto que ya existe en el escritor, pero que se encuentra en cierto modo revelado, amplificado, por la exposición del escritor a “una presencia exterior que lo cuestiona”, sin importar si esta presencia es una pregunta que el mundo le hace o un pensamiento distinto al suyo, encarnado en uno o varios seres humanos.

Por supuesto, una revista tiende a reagrupar, a reclutar escritores que más o menos pertenecen a una misma familia intelectual. Es esta verdad común, que todos buscan o sienten, la que le garantiza un mínimo de coherencia, pero es también lo que corre el riesgo de petrificarla. Usualmente, una revista nace y se desarrolla en contra de algo: eso le permite estar

© Bob Adelman



Raymond Carver en Syracuse, Nueva York, 1984



© Ingrid Orlbaum

Peter Handke, 1999

constantemente al acecho y también definir o matizar la posición o el ideal que la anima. Toda revista es, en este sentido, polémica. Debe, como el escritor que forma parte de ella y que ha aceptado salir de su casa, exponerse al otro. Si no lo hace, hay grandes posibilidades de que los escritores que la componen hayan pasado por alto el consejo de Kafka, es decir, que no han empezado a atacar, o han dejado de hacerlo, al primer y peor enemigo, que está, como dice Nietzsche, en uno mismo. Dicho de otro modo, el peligro de una revista es que ya no se convierta en lo que saca al escritor de su casa, sino más bien en otra mesa de trabajo un poco más ancha a la que se sientan varios Narcisos que ya no tienen conciencia de ser parte de ella.

¿Cómo evitar el peligro de una especie de ronroneo? Yo diría que el deseo de salir de casa, el deseo de criticar, de enfrentar al mundo secundándolo porque también está en mí y porque participo en él, este deseo debe ir acompañado de otro deseo, deseo loco, ingenuo, cuya realización es altamente improbable; el deseo de cambiar al mundo, incluso a la escala reducida y modesta del “yo”. Dicho de otro modo, el pensamiento que anima a una revista debe ser crítico (el mundo está mal, describámoslo de manera que nadie pueda, sin remordimiento, ignorarlo), pero no debe detenerse ahí, so pena de mantener vivo aquello que describe, critica o denuncia. Este acto crítico debe desembocar en un acto de creación.

Cuando abro una revista, como cuando abro una obra, no quiero que me digan únicamente que el mun-

do está mal, que reina la tontería, que la novela, la sociedad, la poesía, el medio ambiente, el país, están sometidos a fuerzas de destrucción o a cómplices de dichas fuerzas. También quiero que me muestren el lugar, el centro en el ser humano de donde procede esta mirada crítica, ese lugar o ese centro de donde puedo sacar la fuerza de luchar contra lo que destruye, envilece, humilla al ser humano; la fuerza y la luz necesarias para crear otro mundo o más bien para restaurar éste. Pido a una revista literaria lo que pido a toda obra de arte, es decir, sacudirme en los dos sentidos del término: provocar en mí un impacto al revelarme la belleza y la fealdad del mundo —ponerme en movimiento hacia un fin que no puede ser sino la transformación improbable de la fealdad, el mal y la muerte al ponerse en contacto con la belleza, el bien y la vida—.

Así, parafraseo lo que el cineasta Tarkovski decía de la función del arte: “El arte debe preparar al hombre para su muerte, arar e irrigar su alma y hacerla capaz de volverse hacia el bien”. Habrá quedado claro que para mí una revista literaria vive de conflictos, de conflictos verdaderos, es decir, de conflictos éticos que se resuelven, como lo escribe Denis de Rougemont, en un acto creador: “En el corazón de todo conflicto fecundo, de todo conflicto que no se resuelve en una mala separación, sino en un acto creador, reina el misterio del amor, el misterio de la comunión”. **U**

---

Publicado originalmente en *L'Atelier du roman*, número 38, junio de 2004, pp. 35-39.